

Juan Pando

Un Rey para la esperanza  
La España humanitaria  
de Alfonso XIII en la Gran Guerra

temas de hoy. historia

<i>Agradecimientos</i> .....	11
<i>Introducción</i> .....	15
Capítulo I. Escritos a los mundos perdidos.....	21
Capítulo II. De las Tierras Sagradas a la Nueva Guerra .....	45
Capítulo III. Cartas por los hombres de agosto .....	63
Capítulo IV. Un amigo de los de antes del Marne .....	95
Capítulo V. Sólo un milagro en septiembre.....	117
Capítulo VI. Guerras (diplomáticas) por los prisioneros.....	145
Capítulo VII. De un año a otro en continuas beligerancias ...	167
Capítulo VIII. Defensas (y estadísticas) de la vida .....	215
Capítulo IX. Una Oficina contra la guerra .....	245
Capítulo X. Donde desaparecieron los ejércitos .....	277
Capítulo XI. Frentes humanitarios del Rey.....	365
Capítulo XII. Fin de los imperios inexistentes .....	391
<i>Epílogo</i> .....	439
<i>Notas</i> .....	483
<i>Fuentes</i> .....	511
<i>Apéndice cartográfico</i> .....	517
<i>Apéndice documental</i> .....	527
<i>Índice onomástico</i> .....	569
<i>Índice toponímico</i> .....	595

Los lugares por donde pasó una guerra, grande o pequeña (la ferocidad no guarda relación con la dimensión del hecho catastrófico), poco dicen si no se va instruido, de antemano, hacia su encuentro. Cumplido este precepto, sí. Muestran y prueban. Que los ejércitos muertos quedan en huesos. Y que un solo cuerpo muerto a todos ellos representa (El Soldado Desconocido).

Visitar hoy los antiguos campos de batalla en Bélgica y Francia es como encontrarse con el cuerpo de un Soldado, caído hace 88 años, pero cuya agonía duró otros cuatro. Su osamenta, apenas velada por la tierra, cubre desde el Canal de la Mancha a las orillas del Rin. Joven guerrero éste que, en su gigantismo yerto, acumula los huesos de dos millones de hombres. Las botas del joven gigante militar aparecieron en Morhange y Crépy; su capote quedó enganchado en las orillas del Sambre y del Marne; su gorra caqui, su kepis rojo, su casco puntiagudo forrado de tela verde, tirados quedaron por los suelos de Mons, Charleroi e Yprès.

Aquel Gran Soldado corresponde al de tres europas desaparecidas: de recluta forzosa, una; reservista la otra; de familia angustiada la que a todas dijo adiós. Las tres, movilizadas el mismo día. Las dos primeras, cayeron a la vez; la tercera, muerta quedó de pena, aunque una parte ínfima se enterrara en el cinismo. No fue ésta la que escribió a España. La Europa de la ansiedad justificará el silencio de sus hombres perdidos por represalias del enemigo o por heridas sufridas en el combate. Se rechazará la asociación desaparecido = muerto. Al transformarse en certeza, se querrá saber dónde yace el hijo o el nieto muertos. Se pedirán sus efectos personales. Y se buscará su tumba. Un lugar no sólo para orar al recuerdo idealizado, sino también un altar donde rezar contra las políticas de guerra, más que contra la guerra en sí. Una cruz de familia como anatema de los imperios.

Hay una necrópolis, en la periferia norte de Sarrebourg, en Lorena, que recibe pocas visitas. Entre las diez de la mañana y las tres de la tarde del 3 de julio de 1999, una sola visita tuvo. La de este historiador. Que hizo de conservador familiar, pues nadie recorría ni atendía tal lugar santo aquel sábado. Tampoco hacía falta: la emoción de Europa, no sólo la de Francia, se basta para guardarlo. El cementerio se distribuye en tres grandes *carreaux* (cuadrados de parque), en los que yacen los restos de 13.139 militares. Todos eran prisioneros. Todos murieron en cautividad; no pocos —las placas de defunción lo certifican— después de acabada la guerra.

En 1992, coincidente con una larga estancia en París para terminar mi tesis doctoral, fui a Verdún y volví al Marne (que ya recorriera, en 1958, con mis difuntos padres). De regreso, decidí acometer esta investigación. Solicité ayuda a la Casa del Rey. Se me contestó (15 de febrero 1995) que «con esta fecha y número 2.493» se daba traslado, «cumpliendo las órdenes recibidas de Su Majestad el Rey», de mi petición al Ministerio de Educación y Ciencia, para que «se estudie la solución que en justicia proceda». El proyecto fue rechazado. Quedé con el apoyo (ético) de Andrés de Blas Guerrero, maestro y amigo. Seguí adelante. Perseveré en los archivos de Asuntos Exteriores y en los de Palacio. La mala situación de los primeros me llevó a los segundos. Quedé admirado de que subsistieran estas miríadas de cartas proEspaña. Me encontré con la emoción familiar: leer el apellido de mi abuelo Alejandro entre quienes colaboraron con la Secretaría del Rey. Leí muchas cartas aquel año de 1995, en su mayoría de 1915 a 1918, pero las había de 1919 y 1920. Comprendí entonces lo mucho que cuesta enterrar una guerra.

Sentí también (estimo) lo que debieron sentir aquellos españoles del Rey cuando leyeron estas peticiones y ordenaron aquellas búsquedas; de hecho, imposibles muchas. Perdí un cuaderno grande, con las notas sobre un millar de cartas (de familias belgas y francesas), en un taxi. Siendo tantos los nombres, pocos conservaba en la memoria, así que todo tuve que darlo por perdido. Volví a mis asuntos africanos. El descubrimiento poco después, gracias a Juan Carlos Picasso, nieto del célebre general, del archivo particular de éste, me compensó del extravío. Publicado el libro resultante, regresé a mis trabajos en Palacio. Luego volví a Francia. No tenía la más mínima duda de encontrarme ante un hecho excepcional, tanto en la posición histórica de España como en el mejor hacer de su diplomacia y su milicia. Constatar los valores de esta filosofía de la neutralidad nunca prescrita; reconocer los fundamentos del moderno concepto asistencial en los ejércitos; recons-

truir la Historia de Europa a través de sus gentes, son redescubrimientos de una ética que es nuestra, y a todos nos compete el defender.

Al lado de Alfonso XIII, los españoles del Rey. Sin éstos no hubiera prevalecido el humanitarismo de aquél; sin él, muy lejos habría quedado España en lo que definimos como *neutralidad activa*: apoyo institucional a todos los prisioneros militares o internados civiles, sin distinción de banderas, clases ni credos.

Las masas numéricas bajo tutelas españolas pasaron, del millón de cautivos en 1915, a los cuatro millones en 1917. Contabilizados, aparecen 157.851 casos —de los que 141.291 fueron de información a las familias y 16.560 de repatriación militar—, esfuerzos a los que se sumaron las demandas del mundo civil (otros 63.500 expedientes). En total, 221.251 peticiones. El concepto asistencial abarcaba no sólo la visita a los campos de concentración, sino la atención a los enfermos y heridos; la entrega de dinero y libros a los internos; el canje de enfermos y mutilados vía Suiza; la asistencia letrada a los juicios sumarísimos; los indultos a la pena capital o trabajos forzados; el envío de alimentos, medicinas y libros. El Rey sufragaba de su peculio una parte de estos gastos; otros se recibían como donativos de particulares y empresas. El Estado apenas se dolió en lo económico. La Nación podía haberse crecido en lo moral, pero lo valoró poco y lo olvidó tan pronto que lo hizo *inexistente*.

Me parecía fundamental investigar quiénes fueron aquellos españoles que ayudaron a tantos europeos. Y siendo franceses la mayoría de aquellos beneficiarios, necesitaba saber qué se sabía en Francia de todo esto. Me llevé una gran decepción, pues por no haber reconocimientos, ni en los archivos aparecían. Luego caí en lo evidente: los estados no tienen desaparecidos, incluso limitan los muertos en las guerras a un factor contable. Son las familias quienes los tienen y buscan. Y por eso esas demandas, esas esperanzas mundiales, siguen donde deben estar: en Madrid.

Los historiadores de este conflicto, que Fritz Stern definiera como «la segunda guerra de los treinta años» (1914 a 1945), pueden dividirse en tres grupos: los británicos, francobelgas y germánicos. Los estadounidenses siguen después; los italianos y rusos, detrás. Los españoles apenas aparecemos, dominados como estamos por ese ombliguismo de insistir en lo concerniente a la Restauración de 1875, la última guerra civil, el franquismo y la denominada *transición*. De la importancia de la Gran Guerra, de la que los europeos somos nietos políticos —véanse sus influencias en los Balcanes de